

—No será nada, mi Nini,—dijo,—tranquilízate, ven conmigo.

—¿Qué quiere decir esto?—murmuró Baumet estupefacto del efecto que acababa de producir.

## XXV

Nada había más sencillo que lo que acababa de pasar.

Matías, propietario en Ronchèes y vecino de Susana, había ido aquel día á Clamecy y había encontrado á Luis en la notaría de M. R... Luis á quien sus negocios llamaban á Lichères, había preguntado á Matías cómo podría ir allá aquella tarde.

—Es mi camino, pasando por Sambert y Mont-le-Duc,—respondió Matías;—si queréis os llevo en mi carricoche; á la fresca podéis volver á pie.

Luis aceptó.

A las tres y media se pusieron en camino.

Durante el trayecto, la conversación versó sobre Ronchèes, Maudhuy y Susana.

Matías, viejo aldeano, gran hablador, después de haber contado sus negocios, se ocupó

de los de sus vecinos; bien entendido que no se olvidó de Susana.

Al oír este nombre, Luis tuvo un momento de sorpresa: ¡era, pues, aquel el retiro que habían rodeado de tanto misterio!... Al mismo tiempo recordó las singularidades de Susana, aquella desaparición súbita é inexplicable.

Estimulado por la curiosidad y tal vez por un resto de interés, resolvió, después de haberse detenido algunos momentos en Lichères, seguir en compañía de Matías hasta Ronchèes; y volvería por la noche en el primer tren ascendente que tomaría en Coulanges.

No había, pues, por parte de Charens, ninguna premeditación en aquella visita á Susana; pero Clementina no vió en ello más que un plan preconcebido y perfectamente combinado.

¿Por qué? ¿Con qué objeto? Sin duda habían continuado sus relaciones, y ¡quién sabe! tal vez aquella escena de la víspera no era más que una infame comedia, de la que ambos se reirían.

Luz combatía estas exageraciones y se acercaba á la verdad atribuyendo aquel viaje al fortuito encuentro de Luis con el viejo Matías.

—¿Qué importa?—le interrumpió Clementina;—no dejarán de verse por eso y hablarán de mí... ¿No sabes ya de lo que ella me acusa?



—¡Es verdad!—dijo Luz estremeciéndose.  
 —Delante de él me tratará de envenenadora.  
 —Eso no, jamás.

La anciana se había levantado y daba grandes paseos por el salón.

—¿Y quién se lo impediría?—preguntó Clementina.

—Yo, — exclamó Luz deteniéndose frente á su sobrina con aire de enérgica resolución.—No se verán, lo juro. ¿Qué hora es?

—Las cuatro menos diez.

—Bien; tomando el primer tren llegaré antes que ellos á Ronchèes.

Y se dirigió hacia la puerta. Clementina la detuvo.

—¿Qué vas á hacer?

—No lo sé; ya veré, pero de una manera ú otra yo alejaré á Susana, y él no la encontrará en la granja. Déjame, no me detengas. Esta noche á las diez estaré de vuelta, ó al menos tendrás noticias mías.

Y abrazando á Clementina salió por el patio y se dirigió rápidamente á la estación.

Veinte minutos después se apeaba en Coulanges; siguió exteriormente la vía férrea, tan de prisa como se lo permitían sus piernas; luego, en cuanto llegó al cruce del camino de Saint-Marien, tomó á la derecha, á través de la prade-

ra. En algunos minutos se halló á la orilla de Yonne, delante del *paso*, cuyo pozo estaba lleno y desbordaba.

En el momento de atravesar la palizada, se detuvo sorprendida y desalentada. El pontón destinado á unir el ribazo á la barra había desaparecido, y el agua corría rápida y violenta sobre la pila por entre los prismas; el desborde era tal, que se habían visto en la necesidad de quitar algunas *agujas* del canal... Era, pues, imposible pasar por encima de los prismas sin arriesgarse á ser precipitado por la corriente en el foso.

Detenida así en su camino y en sus proyectos, Luz lanzó á su alrededor una ansiosa mirada y no vió á nadie que le pudiera ayudar; solamente oyó, río arriba, pero muy distante, voces de barqueros ocupados en formar armadas de madera. ¿Los llamaría? ¿Correría hacia ellos? Era perder tiempo.

Se desolaba interiormente y buscaba un medio de vencer aquellas dificultades, cuando entrevió al otro lado una mujer que llevaba un niño de la mano y se acercaba por el sendero que iba desde el *paso* al canal.

Luz se estremeció.

Su odio, más que su memoria, la hizo reconocer á Susana en aquella mujer.



Era ella, en efecto.

¿A dónde iba?

Luz ignoraba las costumbres de Susana; no podía sospechar que conducía á su sobrino á Saint-Marién á dar su lección á aquella hora, indicada por el cura. Por otra parte, poco importaba; Susana se alejaba de Ronchéés, y era lo esencial; preciso era ahora impedir que volviese, y Luz se encargaba de ello.

Deseando observar sin ser vista: retrocedió algunos pasos, y oculta detrás de un álamo grueso, miró.

Pensaba que Susana trataría de atravesar la palizada y se hallaría detenida, como ella, por la supresión del pontón; pero la joven, habituada á las dificultades del camino, remontó una veintena de pasos, se inclinó y despertó á un anciano que dormitaba tendido en la hierba, con la pipa entre los dientes.

El anciano, antiguo barquero, saludó á Susana como conocida, la hizo saltar con el niño á una barca amarrada á la orilla, saltó él mismo también, y se puso á empujarle con un fuerte bichero.

Un instante después, á pesar de la distancia, Luz pudo oír á Susana, que había saltado en tierra, recomendar al barquero que la esperase y que no se moviese de allí hasta su vuelta.

Luego la vió alejarse rápidamente con el niño, en la dirección de Saint-Marién.

Por un momento estuvo tentada de seguirla, y no perderla de vista; ¿pero, para qué, si sabía donde encontrarla un par de horas más tarde? Mejor era correr á Ronchéés y preparar á Luis una recepción, que de seguro no se esperaba.

Se adelantó, pues, y llamó al barquero.

En el momento en que iba á saltar á la barca, aquél la detuvo.

—Un momento,—dijo;—estamos demasiado cerca del *paso*.

Y se puso á tirar de la amarra, remolcando el bote contra corriente.

—¡Bah!—dijo Luz,—¿para qué hacéis eso?

—¿Para qué? ¿No véis las *agujas* que han quitado de la palizada, y la corriente que eso deja?

—Perfectamente... ¿y qué?

—¿Y qué?... que si la corriente nos envuelve, en el momento nos estrellamos contra la pila.

—¿Creéis que estaríamos perdidos?

—¡Que si lo creo!... El barco se nos pondría por montera y hoy dormiríamos en el foso hechos pedazos... Hace poco tuve miedo al pasar á esa señorita y su niño.



Luz se estremeció... ¡Si hubiera sucedido lo que temía el barquero!... Se sentó en la barca y pasó al otro lado silenciosa y pensativa.

Mientras que el buen hombre amarraba el batel y se acostaba en la hierba para volver á echar otro sueño, Luz permaneció algún tiempo inmóvil en el ribazo, mirando la corriente, el *paso*, las *agujas* quitadas... y luego tomó el sendero del canal, dirigiéndose rápidamente á Ronchéés.

Luis no había llegado aún. Luz encontró á la mujer del colono con uno de sus hijos, y se presentó como enviada por Susana para decir que no la esperasen aquella noche ni en los días siguientes, que abandonaba Ronchéés probablemente para siempre.

Y como la buena mujer se sorprendiese, Luz alegó vagamente consideraciones de familia, y la necesidad de sustraerse á una especie de persecución; al mismo tiempo la anunció la visita inminente del señor de Charens, y marcó á la aldeana la conducta que debía observar y las respuestas que debía dar; bien entendido que su intervención no figuraría para nada. La campesina por interés por su joven señorita, prometió obedecer á esta recomendación.

Luz se apresuró á retirarse por miedo de ser sorprendida. Su visita á la granja sólo tenía

por objeto impedir que Luis tratase de ir á ver á Susana.

Sin saber qué decidir de una manera definitiva, se halló sin casi notarlo en el punto en que había desembarcado; es decir, entre el canal y el río, á pocos pasos de la palizada.

Daban las siete en el campanario de Saint-Marien.

Era una abrasadora y pesada tarde de verano. El sol, aún ardiente en su puesta, hacía brillar las engomadas hojas de los álamos. Gruesas nubes, de un azul sombrío, aparecían por el Sur, y sordos y lejanos zumbidos anunciaban un nublado cercano. No se oía más ruido que el producido por el agua al precipitarse en el foso de la palizada.

Sin duda transcurriría una hora antes de que Susana volviese. Luz, siniestramente agitada, examinó el sitio en que se hallaba, sólo por pasar el rato. Notó que por aquel lado el pontón estaba intacto; le atravesó y subió á la barra.

Inclinada en la baranda pudo convencerse de la fuerza de la corriente que se precipitaba por el estrecho espacio que había entre las agujas y la pila. Sintió una especie de vértigo; vió como en un sueño la barca arrebatada por la corriente, estrellada contra la pila y á Susana hundiéndose en el foso.



Se enderezó bruscamente, asustada por esta visión; luego volvió á examinar y á discutir una posibilidad; la corriente era, en efecto, muy violenta. ¿Sería más fuerte aún si se quitaran más agujas?

Casualmente tenía apoyada su mano en la cabeza de una de ellas... tiró; la aguja salió fácilmente de su ranura, y luego desprendida del zampeado por la enorme presión del agua, basculó, escapándose de la mano que la sujetaba, y desapareció arrastrada como una paja; la corriente se había ensanchado y aumentado en violencia.

Fue como una revelación.

La jorobada permaneció un instante estupefacta; pero pronto se repuso, y después de lanzar una última mirada al pozo, pasó el pontón y pisó el ribazo.

Convencida de que nadie había podido observarla, se acurrucó detrás de una pila de maderas y friamente impasible, la mirada fija en la dirección de Saint-Marien, esperó.

## XXVI

Durante aquel tiempo Clementina, sola en Clamecy, estaba devorada de inquietud.

Apenas se había ido Luz, sintió no haberla acompañado. ¿De qué arrebatos no se dejaría arrastrar la solterona? ¿Debía haberla detenido!... Pensó en reunirse á ella. Pero ¿cómo? ¿Dirigirse inmediatamente á Ronchès?... Tal vez no llegaría allí más que para saber la noticia de algún desastre...

Preguntó á qué hora salía el primer tren.

—A las siete y veinte minutos,—le contestó la criada.

Decididamente era preciso resignarse á esperar.

Se encontraba en el mismo sitio en que Luis le había jurado por dos veces un amor eterno. ¿Era posible que todo aquello no fuese más que una burla? No, no; Luis era sincero; lo sabía, estaba segura de ello.

Y sin embargo, se veía asaltada de siniestros presentimientos.

Volvía á ver su existencia atormentada, trastornada por una nefasta influencia; ¿para



qué resistir más? Pronto se resbaló contra este desaliento, y se dijo que era preciso luchar, vencer. Pero ¿qué podía hacer? Su suerte estaba á merced de Luz, cuya intervención le había sido tan funesta.

El tiempo pasaba. Oyó dar las siete, y no pudo dominar una impaciencia irresistible. Para conocer su destino, no tenía más que reunirse á Luz, tomando el tren de que la criada le había hablado. No vaciló. En algunos minutos estuvo en la estación, y á las siete y cuarenta se apeaba en Coulanges.

El temporal se iba acercando; el trueno retumbaba siniestramente; un viento de tempestad agitaba los árboles; pesados grupos de negras nubes invadían el cielo interceptando la claridad del crepúsculo... Pero ¿qué le importaba á Clementina, con tal que pudiese guiar sus pasos á la luz de los relámpagos?

Llegada al camino de Saint-Marien vió á algunos pasos, delante de ella, á una mujer y á un niño que se dirigían corriendo hacia el canal; brilló un relámpago... ¿Era una ilusión?... Le pareció reconocer á Susana y Jorge... Corrió tras ellos, los alcanzó, y al volverse Susana, lanzaron un grito al reconocerse.

—¿Qué hacéis aquí á esta hora, sola con el niño?—dijo Clementina transportada de cólera.

Susana temblando y asustada no contestó.

—¿Es para sacarle así por la noche para lo que os lo he confiado?—continuó Clementina.—¡Dádmelo!

Y cogió de un brazo al niño que lloraba; Susana quiso quitárselo, pero al hacer un falso movimiento, tropezó en una piedra y cayó al suelo.

Sin inquietarse de ella, Clementina prosiguió su carrera arrastrando al niño.

—¡Ven, hijo mío, mi Jorge!—decía;—tú al menos no me abandonarás!

En algunos segundos se hallaron en el ribazo.

—¡Eh! pronto, señorita Susana,—gritó el viejo barquero,—¡pronto, que va á descargar un mundo de agua!

Clementina, sin decir palabra, saltó á la barca con Jorge, y el barquero no notó que no era su parroquiana habitual.

—¡Vamos!—dijo.

Pero apenas la barca se separaba de la orilla, fué arrastrada hacia la presa ó palizada, con gran sorpresa y á pesar de los esfuerzos del viejo barquero. El pobre hombre se vió, ó más bien sintió una corriente violenta que le arrastraba, gritó:

—¡Trueno de Dios! ¡el *paso* está abierto!

Continuando una titánica lucha, arrojó una



mirada al *paso*, y á la luz de los relámpagos vió una figura extraña, que, subida á la barra, se bajaba y se levantaba con una actividad infernal, quitando ó haciendo saltar una *aguja*, lo cual hacía aumentar la corriente con una violencia incalculable.

—¡Canalla!... ¡estamos perdidos!—exclamó sintiéndose incapaz de dominar ni gobernar la barca.

Un nuevo relámpago brilló, y dos gritos terribles salieron de la barca y de la barra.

—¡Luz!...

—¡Clementina!...

Tía y sobrina se habían reconocido. Ambas se quedaron petrificadas.

—¡Quita más, quita más!... —gritaba á Luz el viejo barquero, que comprendía que el ensanche de la paradera permitiría á su barco pasar con algunas probalidades de salvación.

Pero Luz no le oía, ó tal vez tomaba sus gritos por una imprecación irónica. Se había caído sobre la barra y se retorcia los brazos, lanzando desgarradores gritos.

El batel era arrastrado con creciente rapidez.

El barquero, conociendo la imposibilidad de vencer aquella implacable corriente, se abandonó á ella, tratando de ir proa adelante, sea que esperase pasar por la abertura, sea que creyese

dar menos cuerpo al oleaje; pero viejo y fatigado, hizo una falsa maniobra y la punta del barco chocó contra la pila derecha. El choque fue horrible; el barco crugió, y Jorge fue arrancado de los brazos de su madre, que trató en vano de sujetarlo.

—No os ocupéis de él, —dijo el barquero,—yo me encargo de salvarlo.

Y tomando al niño sobre su espalda, le hizo rodearse su cuello con sus bracitos, diciéndole:

—Aprieta, aprieta bien y no te sueltes... ¡Vos, señora, pronto, agarráos á la barra!

Pero Clementina, asustada, no comprendía el peligro. Era terrible, sin embargo. El batel, después de haber chocado en la pila, fué cogido de costado por la corriente; y la popa, describiendo un arco de círculo, tropezó con las *agujas* que aun quedaban.

—¡Pronto! ¡aquí!—gritó el barquero.

Pero ya no era tiempo. La popa acababa de apoyarse en la palizada, y casi instantáneamente el batel, levantado por la corriente, se inclinó y zozobró sobre el costado.

—¡Hijo mío!—gritó Clementina al ver á Jorge y al barquero precipitados al foso.

Iba á precipitarse detrás de ellos; pero el borde del barco, al levantarse, la dió un vio-



lento golpe en el pecho y la sujetó contra las agujas.

Al mismo tiempo sintió que una mano nerviosa se crispaba sobre su brazo; era Luz que recobraba de su estupor, se había inclinado sobre la barra; la esperó al paso y la cogió con su huesuda mano.

—¡Ah! ¡ya te tengo! ¡estás salvada!—exclamó la anciana.

—¡Me muero... y eres tú quien me mata!—murmuró, porque se sentía herida mortalmente por la violencia del golpe.—¡Mi hijo, salvad á mi hijo!—añadió con débil voz.

—¡No; primero tú!... ¡No te suelto... procura ayudarme!

Y la anciana tiraba con todas sus fuerzas, pero inútilmente; la implacable corriente oprimía más y más á su víctima entre el batel y las agujas.

Luz, asustada por su impotencia, aterrada sobre todo, cuando á la luz de un relámpago vió á Clementina pálida, desvanecida, con una franja rojiza en los labios, empezó á pedir socorro con desesperados gritos.

Una voz contestó á la suya de la parte de Saint-Marien. Era Susana, que vuelta en sí é inquieta por Jorge, corría hacia la parada.

Sin preocuparse de la cantidad de agua que

cubría la pila, se lanzó sobre los prismas y llegó á la barra.

—¿Dónde está Jorge? ¡Qué has hecho de él?—exclamó al llegar al grupo de Luz y Clementina.

En aquel momento, Luis de Charens llegaba por el otro lado.

Después de una acogida glacial de la arrendataria, creyendo que era un partido tomado por Susana no recibirle, se había dirigido hacia la estación de Coulanges, para volver á Clamecy. Llegado cerca del canal, oyó los gritos de Luz y corrió en su socorro.

En dos saltos se halló á su lado, vió con terror á Clementina sujeta, abrumada por aquella horrible presión y trató de librarla de aquel tormento cogiéndola de un brazo, pero no pudo conseguirlo; á cada esfuerzo, Clementina, aunque desvanecida, dejaba escapar un sordo gemido.

Susana lanzaba crueles imprecaciones.

—¡Ah, miserable! ¡Has asesinado á tu hijo! ¿Dónde está? ¡No te ha bastado envenenar á tu marido, sino que necesitabas también ahogar á tu hijo, á mi pobre Jorge! ¡Qué has hecho de él? ¡Devuélvemele, infame envenenadora!

Luz oyó esta terrible acusación, que ella trataba en vano de ahogar, y se detuvo casi



sin aliento entre aquellas dos mujeres furiosas, locas.

En aquel momento algunos barqueros acudían de la parte de Saint-Marien. A la primera mirada comprendieron que era necesario, para desprender á Clementina, empujar desde la barra el batel volcado, y fue lo que ejecutaron al momento.

Susana seguía gritando furiosamente:

—¿Dónde está Jorge? ¿Qué habéis hecho de él? ¿Mi niño! mi niño!

—¿Había un niño también?—dijo uno de los barqueros.—Entonces debe estar en el foso con el anciano Bailly.

Y al decir esto, indicaba la parte inferior de la presa.

Susana fijó su mirada en aquella parte y en medio de la espuma y el remolino, creyó distinguir, á pesar de la obscuridad, una forma humana que sobrenadaba, y luego desaparecía.

—¡Allí! allí!—dijo.—¡Ya le veo!... ¡Sí, sí es él!... ¡pronto!... ¡os lo ruego!—añadió cogiendo el brazo de Luis y empujándole hacia el foso.

Charens obedeció á esta impulsión; se lanzó al foso y desapareció. Susana, ávidamente le seguía con la vista. ¡Pasó un minuto!... ¡un siglo!... En fin, Luis apareció arrastrando una

masa indistinta. De un salto Susana se halló en el ribazo de la derecha y le gritó:

—¡Aquí! ¡Luis! ¡aquí!... ¡valor!

Luis empujó su captura. Susana cogió una mano... ¡una mano de hombre!... ¡Se estremeció!... pero, ¡oh, felicidad!... al cuello del anciano barquero se adherían los crispados brazos de Jorge. Con una fuerza sobrehumana sacó á los dos sobre el ribazo; estaban inanimados. Se apoderó de Jorge; desprendió sus rígidos bracitos, le sacudió, le extendió sobre la hierba, y loca de angustia, le abrazó, colocó su boca sobre sus morados labios y trató de insuflarle aire en sus pulmones.

Entretanto, los barqueros habían operado su maniobra. Clementina, desprendida de la horrible presión que había sufrido, fue llevada inerte y ensangrentada sobre el ribazo.

Luz, medio loca, abrazada á ella, interrogaba su rostro, su aliento, cubriéndola de besos, suplicándola en su delirio que volviese en sí.

A pesar de la tempestad que descargaba, la noticia de aquella catástrofe se había extendido por el país, y la gente acudía de todas partes formando círculo alrededor de las víctimas.

—¡El Médico! ¡ya está aquí el Médico!—dijeron de pronto algunas personas.



Y el Médico de Saint-Marien apareció.

Luz y Susana se lanzaron hacia él, y se le disputaron. Pero la jorobada fue tan terca, tan constante en sus súplicas, que consiguió arrastrar al Doctor al lado de Clementina.

—¡Señor!—le gritaba;—la salvaréis, ¿no es así? ¿verdad que la salvaréis?... Es Clementina... Clementina Baumet... viuda de Maudhuy... Es mi sobrina... ó, mejor dicho, mi hija... No tengo más que á ella en el mundo... la amo... la amo más que á mi vida... Pero, ¿quéos importa que yo la ame?... Doctor, Doctor, salvadla... toda su fortuna es vuestra... Yo os daré también todo lo que poseo... ¡Salvadla!... ¡Devolvedmela!...

Y acompañaba sus palabras con gritos, lágrimas, suspiros, gemidos, alzando los brazos y retorciéndose las manos.

El Médico, interesado por tanto dolor, se había arrodillado delante de Clementina, consultando su pulso, auscultando su pecho y buscando algún indicio de vida.

¡Ay! la rojiza espuma que cubría los labios de la joven, le había hecho conocer desde luego que existían mortales lesiones internas. En fin, hizo un movimiento indescriptible de hombros, mil veces más elocuente que el *vixit* de los antiguos, y quiso levantarse.

Pero Luz no se lo permitió, pues apoyando sus manos en los hombros, aferrada á él con sus crispados dedos, los ojos inyectados en sangre, amenazadora, loca, le gritaba:

—¡Te digo que no está muerta, Médico de desgracia, verdugo!... Te prohibo que la dejes... quiero que la salves... ¿lo oyes? ¡Sálvala, ó te mato!... ¡Sí, te mato!... ¡No sabes de lo que soy capaz!... ¡Qué importa tu vida tratándose de la suya!... ¿Acaso he vacilado la primera vez?... Y eso que solo se trataba de su libertad... y yo la hice libre... ¡la hice feliz!

Y se puso á reir siniestramente, paseando su mirada extraviada sobre las personas que la rodeaban.

—Sí—continuó,—¡yo la di la felicidad matando á su marido!... Han creído que Maudhuy había muerto de enfermedad... ¡Qué disparate!... ¡Murió envenenado por mí, y me alabo de ello!... ¿Lo oyes Susana? ¿lo oís, señor de Charens? ¡Yo!... ¡yo soy la única culpable!... ¡No sospechéis de mi pobre querida niña... no sabía nada... nada... nada!

De pronto soltó al Doctor, se arrojó sobre el cuerpo de Clementina, la palpaba los brazos, el pecho, la alzaba la cabeza, aplicaba sus labios á sus heladas mejillas, á sus manos, á su boca, y murmuraba llorando:



—Vuelve en tí, vuelve en tí, mi Nini...  
No me dejes sola en la tierra. ¡Ten piedad  
de mi!

De repente soltó una carcajada.

—¡Ah! ¡bravo! ¡La he devuelto la vida!  
¡Está salvada!... Va á hablar... Abre sus ojos...  
Me sonrie... ¡Oh! ¡qué bella está!...

Algunas personas engañadas por aquellas pa-  
labras, y no comprendiendo que Luz se había  
vuelto loca, se acercaron. Solo vieron un ca-  
dáver.

.....  
.....  
Entretanto el Médico había examinado al  
niño detenidamente.

—Está salvado, — dijo al cabo de un instan-  
te, — respondo de él.

.....  
.....  
Después de estos acontecimientos, Luis de  
Charens regresó á París, mientras que Susana  
y Jorge volvían á Ronchèes.

Al cabo de algunos meses se habían reunido  
los tres. Una noche el niño tomó una mano de  
su tía y la colocó instintivamente en la de Luis.  
Susana se estremeció, y no pudiendo dominar  
su emoción, rompió á llorar. Charens se arro-  
dilló delante de ella y no se levantó hasta el

momento en que Susana le dijo, señalándole á  
Jorge:

—No tiene más que á nosotros en el mundo,  
unámonos para amarlo...

.....  
.....  
Luz se halla encerrada en el asilo de demen-  
tes de Auxerre. Los doctores Rouseau y Cha-  
vance han declarado incurable su locura.





